



ellas de oxígeno. / EFE

«Un chaval me pedía el móvil para llamar a sus padres; otro, una manta»

M.B./COLPISA MADRID

En la calle Téllez vive Chris Young, un irlandés casado con una española, que lleva ocho años viviendo en Madrid. Ayer se había despertado poco antes de las siete y media pa-

mediatamente a la calle y se dirigió al lugar de las explosiones. «Cuando llegué, no había casi nadie. Entré a las vías en plan zombi. Ayude a dos chicas que estaban tendidas allí mismo. Al lado, había dos cuerpos destrozados. Un chaval me pedía mi móvil para llamar a sus padres, otro me pedía una manta porque tenía mucho frío. Volví a casa a por ropa de abrigo». Entonces, cuando intentó volver con las provisiones, había pasado un cuarto de hora y la policía ya no le dejó acceder al lugar de la masacre. Este irlandés lamenta no haber podido hacer más para ayudar a esa gente ni saber cuál ha sido su destino.

Ayuda de jardineros

En el caso de José García, un empleado de Parques y Jardines, acaba de entrar a trabajar. Su jornada no se había iniciado aún «cuando oímos un fuerte estampido. Salimos corriendo hacia las vías del tren y lo que vimos era... bueno... era dantesco y apocalíptico. Era una imagen que no le deseo a nadie que vea... ».

Varios jardineros de esta empresa, que en su día habían sido voluntarios de la Cruz Roja, fueron los primeros en auxiliar a los heridos del tren que llegaba de Guadalajara con destino a la estación de Atocha.

ra llevar a su hijo a la escuela, situada enfrente de la estación de Atocha. «Estaba en la cocina. La primera explosión me pareció un relámpago, pero no le di importancia. Diez minutos más tarde se produjeron otras dos más». Chris no se lo pensó: bajó in-



Herido en El Pozo del Tío Raimundo./ EFE



EFE

Los hospitales, al cien por cien. Los hospitales madrileños, públicos, privados e improvisados, aguantaron la avalancha de heridos, más de 1.200. Salas completas fueron desalojadas para atender la marea humana; médicos, enfermeras y personal sanitario suspendieron sus días libres para estar en su puesto de trabajo, y se suspendieron las intervenciones quirúrgicas no urgentes.



REUTERS

El SAMUR, desbordado. Un portavoz del servicio municipal de ambulancias, SAMUR, reconoció que, en un primer momento, se vieron desbordados. «La gente tuvo que emplear sus propios vehículos para trasladar a los heridos y los policías se vieron obligados a parar a los taxistas». Mientras, los facultativos se apostaban a la entrada de los servicios de urgencias para no perder tiempo.



EFE

Caravana fúnebre. Una caravana de coches fúnebres, entre ellos varios furgones con capacidad para varios féretros, abandonaron ayer tarde la estación de Atocha y se dirigieron a las instalaciones de IFEMA para la identificación de los cadáveres por los familiares. Los coches, una decena de ellos –varios furgones– se trasladaron al recinto ferial de Madrid escoltados por un dispositivo policial.